## EL OJO Y LAS LÁGRIMAS

Como las virtudes, como los dones del Espíritu Santo, las bienaventuranzas son conexas, es decir que entrar en la alegría bascual de una de ellas implica participar de todas<sup>1</sup>. Sin embargo, así como en un santo puede predominar una virtud -la pobreza en San Francisco, la castidad en Santa María Goretti o la fuerza en los mártires-, así una bienaventuranza puede tener una afinidad especial con una fisonomía espiritual o con un estado de vida. Por ejemplo la bienaventuranza de los misericordiosos puede convenir más a todos los que tienen el carisma de la compasión: la de los artífices de la paz parece caracterizar la influencia divina de que gozan los que trabajan por poner más justicia, solidaridad, comunión, en las diversas sociedades o en los diversos grupos humanos. Por supuesto que nadie puede reservarse una u otra como propiedad particular. Sólo se trata de matices entre las formas de santidad y los estados de vida, porque no existe sino una santidad, no existe sino una perfección, la del Padre (Mt 5, 48); nos la muestra el Hijo por transparencia y nos la comunica el Espíritu, al que Santo Tomás llama magnificamente Perfecti operis auctor<sup>2</sup>. Así como en el espectro solar la luz blanca se descompone en siete colores, así la única bienaventuranza divina se refracta aquí abajo en ocho bienaventuranzas relacionadas entre sí; juntas, en el cuerpo lleno de contrastes de la Iglesia en su peregrinación de fe, ellas devuelven al Padre la única luz, la única santidad cuya fuente es él.

Bienaventurados los corazones puros; ellos verán a Dios (id., 5, 8). Los monjes no tienen el monopolio de la pureza, ni el privilegio de la visión de Dios. Sin embargo, por vocación, ellos se orientan en-

De Communio, XIII, 5.— septembre-octobre 1988. Traducción de la Hna. Bernarda Bianchi di Carcano, osb (Ntra. Sra. de la Esperanza), publicada con la amable autorización de la revista.

<sup>1.</sup> TOMAS de AQUINO, Suma teológica, la Ilae, q.68, a.5.

Esto sólo puede traducirse por una perífrasis: Espíritu Santo es "aquel que hace perfecta toda acción" (3a, q.41, a.2, ad 2).

teramente hacia Dios —es éste el sentido de su voto de "conversión de costumbres" según la Regla de San Benito³—, se desprenden de todo lo que no es él, y tienden a devenir una única mirada hacia él. San Teodoro Estudita, higumeno (es decir abad) del monasterio de Estudion en Constantinopla a comienzos del siglo IX, amaba esta definición: "Es monje quien dirige su mirada hacia Dios solo, quien se lanza por el deseo hacia Dios solo, quien se decide a servir a Dios solo y quien en posesión de la paz con Dios, llega a ser también causa de paz para los otros" bis. Un apotegma de un Padre del desierto expresa esta realidad de manera más incisiva: "El monje debe ser como los querubines y serafines: todo ojo" Y, más, cercana a nosotros, es bien conocida la palabra de Teresa de Ávila: "Quiero ver a Dios"; y comenzó su vida de monja carmelita<sup>5</sup>.

La Sagrada Escritura ofrece testimonios muy elocuentes del deseo de ver a Dios. Moisés hizo al Señor este pedido asombroso: Déjame ver, por favor, tu gloria (Ex 33, 18)<sup>6</sup>; pero no se atrevió a formularlo sino después de la purificación obrada por numerosas pruebas, relacionadas con la liberación de Egipto. El peso del pueblo rebelde y recalcitrante, lo tornó humilde, el hombre más humilde que existió en la tierra (Nm 12, 3)<sup>7</sup>. No es posible ver a Dios sino después de dolorosas purificaciones. La visión inaugural del profeta Isaías, que decide su vocación, ilustra bien la doble reacción del hombre frente a la manifestación de Dios; la admiración, la contemplación del Señor tres veces Santo cuya gloria llena toda la tierra, y la conciencia viva de su propia impureza, de su indignidad (Is 6, 1-5). El terror y la fascinación se apoderan de nosotros, frente a lo divino: es

<sup>3.</sup> Regla de San Benito (abreviado RB), cap. 58. En este artículo, la Regla será habitualmente citada según la traducción de Dom Philibert Schmitz, con la precisión de los versículos cuyo uso está ahora establecido. Una edición reciente está disponible en Brepols (1987). En español: La Regla de San Benito, intr. y com. de G. M. Colombás, trad. y notas de Iñaki Aranguren, Madrid, BAC, 1979. Seguimos estra traducción con algunas variantes necesarias.

<sup>3</sup>bis. Petite Catéchèse, éd. Auvray-Tougart, 1891, cat.39.

Dom Lucien REGNAULT, Les sentences des Pères du désert. Collection alphabétique, Solosmes, 1981, p. 67 (Bessarion 11). En español: Los dichos de los padres del desierto, Florida (B), Ed. Paulinas, 1986.

Es el motivo dado por Teresa, muy joven, para explicar su fuga con su hermano Rodrigo; cf. Vida, cap. I. Esta frasé es el título de una obra maestra del P. Marie-Eugène de l'Enfant Jésus (Ed. du Carmel, 1951).

Cf. nuestra obra Les premiers Amis de Dieu, C.L.D., Chambray-lès-Tours, 1982, pp. 155-163.

<sup>7.</sup> Cf. ibid., pp. 185-190.

el mysterium tremendum et fascinans, bien analizado por Rudolf Otto en páginas que se han vuelto clásicas<sup>8</sup>. Con todo, la revelación progresiva pero siempre conmovedora del amor divino coloca la misericordia y el perdón entre nuestro miedo y nuestro deseo de Dios. No es acaso ésta la conclusión del relato de la vocación de Isaías? El ha tomado conciencia de su total inadecuación frente al misterio de Dios; se reconóce indigno, impuro. Diòs no contradice está confesión; él quita el obstáculo: uno de los serafines —literalmente uno de los ardientes— es enviado para purificar a Isaías, que recibe él perdón divino (ibid., 6, 16).

Es absolutamente necesario ser puro para ver a Dios. Ahora bien, ante él nosotros somos pecadores (salvo la Inmaculada que no obstante experimentó cierto temor, cierta turbación, dice el texto, ante la aparición del ángel Gabriel, y al oír sus palabras de saludo). Habrá que aceptar por tanto una purificación, sóbre todo la que obra Dios. La imagen de la vocación de Isaías da a entender que es el amor el que purifica, más precisamente el amor que viene de Dios: el fuego, simbolizado por la brasa incandescente.

El monje que quiere ver a Dios es un pecador cada vez más consciente de sú miseria: él deja a Dios realizar por sí mismo su óbra de purificación en lo más profundo de su ser herido: El procedimiento específico de la gracia monástica es el don de lágrimas; no es el fuego, sino el agua, aunque ambos están unidos en el amor, como trataremos de mostrar. Constatamos, en efecto, que la espiritualidad de los monjes privilegia dos bienaventuranzas: la tercera y la sexta; una conduce a la otra:

Bienaventurados los que lloran: ellos serán consolados Bienaventurados los corazones puros; ellos verán a Dios.

## 1. La pureza de corazón

La tradición monástica se originó en Egipto al final de las grandes persecuciones que marcaron el comienzo de la historia de la Iglesia. En la segunda mitad del siglo IV, los solitarios del Alto y del Bajo Egipto ejercían una poderosa atracción sobre el mundo que acababa de aceptar el cristianismo. Dos jóvenes venidos de Occiden-

<sup>8.</sup> R. OTTO, Le Sacré, Paris, Payot, 1949, pp. 57 ss.

te, Casiano y Germán, van a Palestina y se inician en la vida monástica en Belén alrededor del año 380; allí organizan juntos un viaje a Egipto, para completar su formación junto a los Padres del monacato; el periplo durará siete años. La crisis origenista los hace volver a Palestina. Luego, diversos acontecimientos los conducirán a Constantinopla, junto a San Juan Crisóstomo, y de allí a Roma. Después del 415, Casiano se halla en Marsella, donde funda dos monasterios. Su experiencia directa del monacato tal como se practicaba en Egipto, Palestina y Constantinopla, le permitió escribir dos libros que ejercieron gran influencia sobre todo el desarrollo de la vida monástica en Occidente: el primero, titulado Las Instituciones cenobíticas, detalla la estructura de la vida de los monjes, mientras que el segundo—las célebres Conferencias— trata sobre su espiritualidad.

La primera de las Conferencias, la que Casiano y Germán recogieron de labios de abba Moisés, está dedicada al objetivo y al fin último del monje. A los antiguos les gustaba el viejo procedimiento de la mayéutica, y planteaban muchas preguntas. ¿Por qué estos jóvenes visitantes se habían hecho monjes? —A causa del Reino de los cielos, responden. Ante lo cual abba Moisés hace una distinción entre el fin último, que ciertamente es el Reino de Dios, y el objetivo más inmediato que se debe perseguir, es decir la pureza de corazón.

El fin último de nuestra profesión es el reino de Dios o reino de los cielos, es cierto, pero nuestro blanco o sea nuestro objetivo inmediato es la pureza de corazón. Sin ella es imposible alcanzar ese fin. Concentrando, pues, la mirada en ese objetivo primario, corremos derechamente hacia aquel fin, como por una línea recta netamente determinada<sup>10</sup>.

El solitario de Escete recurre a un texto de San Pablo para identificar el fin con la vida eterna y el objetivo con la santidad: "Vuestro objetivo es la pureza de corazón, y tenéis por fin la vida eterna" (cf. Rm 6, 22)<sup>11</sup>. Por tanto, la pureza de corazón es la santidad. Más adelante, haciendo eco al himno de la caridad de la *Primera Carta a los Corintios*, precisa que la caridad "no está sino en la pureza de corazón". En efecto, todo lo que el Apóstol canta acerca del amor, "¿qué otra cosa es sino ofrecer continuamente a Dios un corazón puro y sin

Publicados en la segunda mitad del 426. Cf. para todo esto Juan CASIANO, Conférences, Intr., texte latin, trad. et notes par Dom E. Pichery, Sources Chrétiennes 42, Cerf, 1955, pp. 7-30. Abreviado: Coll. (Collationes). En español: Juan CASIANO, Colactones, Madrid, Rialp, 1958, 2 vol., Neblí, Clásicos de Espiritualidad.

<sup>10.</sup> Ibid., 1,4.

<sup>11.</sup> Ibid., 1,5.

mancilla y guardarlo intacto de toda pasión?"<sup>12</sup>. Otra "reminiscencia": "Este debe ser nuestro objetivo principal y el designio constante de nuestro corazón: que nuestra alma esté continuamente adherida a Dios y a las cosas divinas"; lo cual nos asemeja a María de Betania<sup>13</sup>...

Las múltiples obras de la caridad fraterna —"de la vida activa", dice abba Moisés—son sólo de este mundo.

Cesarán en el siglo futuro pues no habrá ya diferencia que pueda hacerlas necesarias ni justificar por lo mismo su existencia. Los que las ejercitaban pasarán de la multiplicidad de la vida activa a la caridad de Dios y a la contemplación de las cosas divinas, en una eterna pureza de corazón. A esta virtud se han dado por entero en este mundo —reuniendo todas sus energías y conjugándolas en un único esfuerzo— aquellos que arden en deseos de conocer la ciencia de Dios y de purificar su alma. Consagrándose de lleno, mientras vivían en esta carne mortal, al oficio sublime en que se emplearán después de terminada esta vida corruptible, vendrán a gozar de la realidad de aquella promesa de nuestro Salvador, que dice: Bienaventurados los corazones puros, porque ellos verán a Dios<sup>14</sup>.

El tratado de espiritualidad monástica que constituyen las Conferencias de Casiano se abre, pues, con la pureza de corazón, que es el objetivo del monje aquí abajo. No es aún la visión de Dios, que está reservada al mundo futuro, pero ya es unión con Dios, puesto que es sinónimo de santidad, de caridad, de contemplación. Podríamos decir, que la pureza de corazón es, de manera dispositiva, lo que estas últimas son de manera perfectiva. El corazón puro está atento para quitar todos los obstáculos capaces de entenebrecer la morada interior donde Dios quiere habitar. En sus dos obras, Casiano se refiere constantemente a las pasiones que infestan el alma y la turban, tornándola inepta para el amor y la contemplación de Dios. La pureza de corazón es el estado de un alma liberada de sus pasiones, disponible para escuchar las sugerencias del Espíritu Santo; ella no ve a Dios, pero como un lago de superficie tranquila, puede reflejar la belleza de Dios, puede realmente devenir su imagen.

Es notorio que la pureza de corazón de que hablamos sobrepasa ampliamente a la pureza en sentido moral, que abarca todo lo concerniente al dominio del cuerpo y de la sexualidad. En la boca y en el espíritu del Señor, como en la tradición bíblica que él lleva a su perfección, la pureza celebrada en la sexta bienaventuranza desborda las

<sup>12.</sup> Ibid., 1,6.

<sup>13.</sup> Ibid., 1,8.

<sup>14.</sup> Ibid., 1,10.

exigencias del sexto mandamiento (Ex 20, 14), aunque las incluye. Más allá de la pureza ritual, original, y de la pureza moral, la pureza de corazón es la cualidad de una tierra buena, de una tierra blanda donde la palabra de Dios penetra y fructifica (Mt 13, 23; Jn 15, 3); la caridad, que es la presencia viva y operante, dominante, de Dios en el alma, puede entonces proceder de ella, seguida de los otros frutos del Espíritu (Ga 5, 22-23)<sup>15</sup>. Se comprende por tanto que la visión de Dios esté prometida a aquellos en quienes Dios habita por su amor plenamente recibido.

Es curioso observar que la Regla de San Benito, tan cuidadosa de continuidad con la tradición monástica proveniente de Egipto, utiliza una sola vez la expresión "pureza de corazón", en el contexto de la oración íntima del monje, como lo diremos más adelante. El Patriarca de los monies de Occidente ha tenido cuidado de precisar que su Regla no era sino un esbozo o trampolín, que se propone orientar hacia las cumbres de la perfección. He aquí lo que escribe en el último capítulo: "Mas el que tenga prisa por llegar a una perfección de vida, tiene a su disposición las enseñanzas de los Santos Padres, que, si se ponen en práctica, llevan al hombre hasta la perfección". Luego indica la Sagrada Escritura y los Padres de la Iglesia, y agrega: "Ahí están las Colaciones de los Padres, sus Instituciones y Vidas, y támbién la Regla de nuestro Padre San Basilio. ¿Qué otra cosa son sino medios para llegar a la virtud de los monjes obedientes y de vida santa?"16. Hacia la mitad de la Regla, cuando San Benito establece la lectura éspiritual antes de Completas, el primer libro que recomienda es también el de las Conferencias de Casiano<sup>17</sup>. El escaso empleo que hace del término "pureza de corazón" no indica por tanto diferencia entre la doctrina de ambos autores monásticos.

Cuando consideramos de cerca el Prólogo de la Regla de San Benito fácilmente descubrimos en él una invitación a esta purificación del corazón que permite ver a Dios.

Es Dios mismo quien, por medio de la Sagrada Escritura, invita al monje a la felicidad, como Jesús convidaba a la bienaventuranza a los judíos que lo escuchaban en la montaña. Atento a la palabra de Dios, el monje abre los ojos a la "luz deífica", expresión difícil de traducir, y que podemos parafrasear así: la frecuentación de las Escri-

<sup>15.</sup> Ibid., 1,9,10:

<sup>16.</sup> RB 73,2.5-6.

<sup>17.</sup> Ibid., 42,3.

•

turas ilumina el corazón y lo modela según la imagen de Dios, tornándolo "deiforme". "Levantémonos pues de una vez; que la Escritura nos espabila diciendo: 'Ya es hora de despertarnos del sueño'. Y abriendo nuestros ojos a la luz de Dios, escuchemos atónitos lo que cada día nos advierte la voz divina que clama: 'Si hoy escucháis su voz, no endurezcáis vuestros corazones' "18.

Pero la Escritura que pone en nuestro corazón el deseo de ver a Dios, indica también las condiciones de esta visión beatificante. Se citan los Salmos 33 y 14 para llevarnos a evitar el mal y hacer el bien: evitar principalmente lo que puede perjudicar al prójimo, y hacerle todo el bien que podemos<sup>19</sup>.

Hav. que convertirse al Señor, es decir, volverse totalmente hacia él, para ser purificado de los pecados. Esta llamada evangélica primordial a la conversión, que interesa a todos los cristianos, encuentra un eco particular en el monie. Para todos la conversión implica alejarse del pecado y hacer el bien; también para el monje, que debe purificarse de sus vicios y de sus pecados<sup>20</sup> y practicar las buenas obras que vienen de Dios<sup>21</sup>. Si es así, el hijo de San Benito, puede esperarver a Dios en su Reino: "Ciñéndonos, pues, nuestra cintura con la fe y la observancia de las buenas obras, sigamos por sus caminos llevando como guía el Evangelio, para que merezcamos ver a Aquél que nos llamó a su reino"22.

La purificación del corazón y del cuerpo, específica del monje, se realiza por la obediencia; la obediencia a los mandamientos de Dios, desde luego, pero también obediencia a los preceptos de la Regla, en la escuela del servició divino que es el monasterio organizado por San Benito: "Por tanto debemos disponer nuestros corazones y nuestros cúerpos para militar en el servicio de la santa obediencia a sus preceptos (...). Vamos a instituir, pues, una escuela del servicio divino"23.

El monje reclutado por San Benito aparece así como un pecador llamado a abrir grandes los ojos para ver a Dios en su Reino, y desde 'ya en la frecuentación de su Palabra. La obediencia y la humildad

Ibid., Pról., 8-10. 18.

Bid., Pról., 17 y Salmo 33, 14-15; Pról., 25-28 y Salmo 14, 2-3. Ibid., Pról., 35,47; cf. cap. 7,70. 19.

<sup>20.</sup> 

Ibid., Prole, 22,29-32. 21.

<sup>22.</sup> Ibid., 21.

Ibid., 40,45. 23.

son las virtudes que el Espíritu Santo le da progresivamente, en la medida de su generosidad, y que purifican día a día todo su ser. Y así es capaz de ver en sú abad, en sus hermanos, especialmente los enfermos, en los huéspedes, particularmente los pobres, el rostro de aquel a quien ama más que todo: Cristo. De este modo su alma se dispone a una oración continua, es decir, a una adhesión a su Dios cada vez más pura.

## 2. La pureza en la oración

Después de la serie de máximas del capítulo 4, San Benito ha desarrollado en los tres capítulos siguientes, su espiritualidad ternaria, basada en la obediencia, el silencio y la humildad. Del capítulo 8 al 18, organiza el oficio divino de manera detallada y un poco técnica; luego vienen el 19 y el 20, que son pequeñas joyas espirituales. El primero insiste sobre la fe que debe ejercitarse en el oficio, junto con el temor reverencial que lleva consigo la conciencia de la presencia de Dios, y el cuidado de hacer concordar el espíritu con la voz; el segundo trata de la oración silenciosa, sea en el curso del oficio, sea fuera de él. En este pequeño capítulo 20 es donde la Regla condensa el uso del vocabulario relativo a "pureza"; en pocas frases, la palabra aparece tres veces. Vale la pena citar el texto íntegro, en el cual subrayamos las expresiones que nos interesan:

Si cuando queremos pedir algo a los hombres poderosos no nos atrevemos a hacerlo sino con humildad y respeto, con cuánta mayor razón debemos presentar nuestra súplica al Señor, Dios de todos los seres, con verdadera humildad y con el más puro abandono. Y Pensemos que seremos escuchados no porque hablemos mucho, sino por nuestra pureza de corazón y por las lágrimas de nuestra compunción. Por eso la oración debe ser breve y pura, a no ser que se alargue por una especial efusión que nos inspire la gracia divina. Mas la oración en común abréviese en todo caso y, cuando el superior haga la señal para terminarla, levántense todos a un tiempo<sup>24</sup>.

El capítulo se titula, "De la reverencia en la oración" e insiste, en efecto, en el respeto y la humildad, actitudes fundamentales del hombre pecador ante Dios. La pureza es evocada en relación estrecha con la humildad; observemos que San Benito califica tres veces la oración mediante binomios:

<sup>24.</sup> RB 20.

- hay que suplicar con verdadera humildad y el más puro abandono;
- seremos escuchados por nuestra pureza de corazón y por las lágrimas de nuestra compunción;
- la oración debe ser breve y pura25.

Aquí se trata no tanto de las múltiples cualidades de la oración como de una sola y misma actitud, expresada por una especie de paralelismo de redundancia, familiar a quienes diariamente son modelados por los Salmos. Concretamente, la humildad y la devoción pura, la pureza de corazón y las lágrimas de la compunción, la brevedad y la pureza, son casi sinónimos. Después de una larga organización del oficio divino, parece que San Benito vuelve como por instinto a la virtud monástica por excelencia que es la humildad:

Al final de la escala de la humildad, en el duodécimo grado, el monje adopta espontáneamente, en toda ocasión, la actitud del publicano del Evangelio: mantiene los ojos fijos en tierra, sintiéndose en todo momento cargado con sus pecados. Es la humildad no sólo del corazón, sino del cuerpo. Parecería que nos hallamos en el extremo opuesto a la sexta bienaventuranza: en lo alto de la escala el monje aparece más como un hombre afligido por su pecado, con los ojos fijos en tierra, que como un bienaventurado de corazón puro, capaz de ver a Dios<sup>26</sup>.

Sin embargo, por una especie de viraje, el monje se ha vuelto verdaderamente humilde de corazón —así como Santa Teresa del Nino Jesús cresa poder decirlo de sí misma al final de su vida<sup>27</sup>—, echa fuera el temor y se mueve con soltura en el universo del amor perfecto, como San Benito lo muestra con entusiasmo al final del capítulo sobre la humildad.

Lejos de oponerse, humildad y caridad se requieren una a otra, una es la condición, el "humús" de la otra; asimismo la conciencia de su pecado y la pureza de corazón no son incompatibles pará el monje: lo mostraremos a propósito de las lágrimas purificadoras. Desde ya podemos decir que la bienaventuranza de los corazones puros a la que está prometida la visión de Dios podría ser mal comprendida si fuera considerada como una recompensa o como el pre-

Cf. Don Adalbert de VOGÜÉ, La Règle de Saint Benoît, Sources Chrétiennes 185, t. V, Cerf, 1971, p. 575.

RB 7,62-56.
Cf. M. LÉNA, "Je reviendrai. L'Ascension dans les Demiers entretiens de Thérèse de Lisieux", Communio, n. VIII, 3 – mai-juin 1983, p. 84.

mio de una virtud intacta, inalterada. Recordemos las palabras referentes a las religiosas de Port-Royal: "Puras como ángeles y orgullosas como demonios".

Con excepción del caso —único— de la Inmaculada Concepción, preservada de todo pecado por una misericordia anticipada, toda pureza cristiana florece sobre un "humus" marcado por el pecado. Todos los corazones puros son corazones purificados, y si el pecado por excelencia —si se puede emplear la expresión en este contexto— es el del orgullo, la purificación esencial es la humildad. No es posible ver a Dios, acercarse a Dios, sin humildad. Por eso, según San Benito, la pureza de la oración es inseparable de la humildad. Sólo ella puede dar, a la vez, la reverencia del amor debida a Dios, y esa actitud de confiada libertad hacia él que los antiguos llamaban parrhesia.

¿Por qué San Benito une la brevedad de la oración a su pureza? Tal vez desconfía de las oraciones demasiado largas que pueden embotar la atención del corazón. La tradición monástica siempre ha recomendado las oraciones jaculatorias, es decir, esas exclamaciones o suspiros de amor lanzados hacia Dios: directas y brotadas del corazón, tienen la pureza de todo lo auténtico. Con todo, la Regla no excluye la oración prolongada, si la gracia de Dios invita a ella al monje; aun en este caso, el uso de fórmulas jaculatorias puede evitar la pesadez del corazón.

Humilde, pura, directa: tal es la oración íntima del monje benedictino, como se deduce del breve capítulo 20 de la Regla. En otro pequeño capítulo, el 52, dedicado al oratorio del monasterio. encontramos otra nota completamente concorde con aquellos: si un monje "quiere orar secretamente, entre sencillamente y ore; no en voz alta, sino con lágrimas y fervor del corazón". Directa, breve, sencilla, espontánea, la oración del monie sube desde su corazón: es verdadera. Al mencionar todos los sinónimos que San Benito da de ella, no nos hemos salido del registro de la pureza. Venida del corazón, la oración del monje no puede dejar de tocar el corazón de Dios, que mira y ama a los humildes. El monje no es como los hipócritas denunciados por el Señor en el Sermón de la montaña, que oran para ser vistos y cuya recompensa no es sino su vanidad (Mt 6, 5); llega discretamente al oratorio y busca las condiciones de una oración íntima, solícito por encontrar al Padre que ve en lo secreto (id., 6, 6). Pero ¿cuáles son las lágrimas mencionadas por San Benito en este capítulo 52, cuál es su significado en la oración, y qué relación tienen con la pureza de corazón?

## 3. Las lágrimas purificadoras

La asociación de las lágrimas con la pureza de corazón cuando se trata de la oración, no es fortuita en la Regla de San Benito. Para el Padre de los monjes de Occidente, oración y lágrimas van juntas. Quando San Gregorio Magno narra su vida, en el segundo libro de los Diálogos, nos lo presenta esencialmente con los rasgos de un hombre de Dios, es decir de un hombre de oración, siempre sumergido en la intimidad de su Dios y a veces adornado con el don de lágrimas.

En su Regla, la mención de la oración parece requerir inmediatamente la de las lágrimas. En el capítulo 20 leemos: "Pensemos que seremos escuchados no porque hablemos mucho; sino por nuestra pureza de corazón y por las lágrimas de nuestra compunción"<sup>29</sup>. Ya hemos tenido ocasión de mostrar que San Bénito se expresa con gusto mediante fórmulas binarias, en las que ambos elementos se refuerzan y se completan. Así, la pureza de corazón y las lágrimas de compunción están ligadas.

¿Qué es pues la compunción? Es el dolor permanente y apacible que la conciencia de su condición pecadora mantiene vivo en el corazón del monje. El corazón "pinchado" —tal es el sentido primero del verbo latino pungere—, está dolorido por el sentimiento de su pecado; lejos de sentirse "pinchado" por el orgullo, es tocado, herido por la pena de haber entristecido al Espíritu Santo (Ef 4, 30). La palabra "compunción" es casi sinónima de la palabra "contrición", más conocida: el corazón contrito es el que se siente "quebrantado", por la conciencia de sus faltas. ¿Quién no conoce el célebre versículo del Miserère:

Mi sacrificio es un espíritu quebrantado; un corazón quebrantado y humillado tú no lo desprecias (Sal 50, 10)<sup>30</sup>?

Sabemos también que conviene, distinguir la contrición imperfecta, que es inspirada por el temor de los castigos divinos, de la contrición perfecta, nacida del amor de Dios. La compunción, como la contrición verdadera, es un fruto de la caridad, un efecto de la presencia del Espíritu Santo en el corazón: es la pena profunda de haber apenado a Dios. Si es verdad que la contrición perfecta, aun antes de la confesión sacramental que la autentica y garantiza, perdona los pecados, es fácil comprender que la compun-

<sup>28. 2,17;</sup> como Escolástica, su hermana: 2,33.

<sup>29.</sup> RB 20,3.

Sobre la compunción, cf. Dictionnaire de Spiritualité, t. II, 2a. Parte, Beauchesne, 1953, col. 1312-1319 (J. Pégon, sj).

ción purifica al monje de sus faltas: las lágrimas de la compunción purifican el corazón del monje.

En el capítulo 49 sobre la observancia de la Cuaresma, San Benito recomienda al monje guardar, por lo menos durante este tiempo privilegiado, la pureza de vida que debería tener en todo tiempo. Para que esto sea así, da la siguiente línea de conducta: "Lo cual cumpliremos dignamente si reprimimos todos los vicios y nos entregamos a la oración con lágrimas, a la lectura, a la compunción del corazón y a la abstinencia"31. Durante la Cuaresma, más que nunca, el monje debe dedicarse a la oración con lágrimas y a la compunción del corazón: expresiones que tienen el mismo sentido. Si las cotejamos con las del capítulo 20, constatamos con qué facilidad San Benito pasa de una a otra, lo que muestra la unidad de su pensamiento. En el capítulo sobre la "reverencia en la oración", nos aseguraba que seremos escuchados si nuestra oración se hace "con pureza de corazón y las lágrimas de la compunción"; aquí, en el capítulo sobre "la observancia de la Cuaresma", nos invita a practicar "la oración con lágrimas y la compunción del corazón". En el primer caso, "corazón" es aposición de "pureza"; en el segundo, está ligado a la compunción. Además en el primer texto, se dice de la compunción, literalmente, "compunción con lágrimas"; en el segundo, es de la oración de la que se dice "oración con lágrimas". Oración, pureza, corazón, lágrimas, todo esto es una sola cosa para "el hombre de Dios, Benito".

Lo constatamos una vez más en el capítulo 52 sobre el "oratorio del monasterio", precedentemente evocado: el monje es invitado a entrar allí "sencillamente para orar", "no en alta voz, sino con lágrimas y fervor del corazón"<sup>32</sup>. Nuevamente se hallan reunidos los mismos elementos: oración, corazón, lágrimas; sólo el fervor reemplaza a la pureza, pero el sentido es el mismo: el fervor del corazón está ligado con las lágrimas de la compunción.

Nos falta citar un último texto de la Regla-para acabar de mostrar la unidad profunça del pensamiento de San Benito. Se trata de tres instrumentos de las buenas obras, que aparecen seguidos en la larga lista del capítulo 4: son los instrumentos del arte espiritual que el monje debe esforzarse por manejar en el taller que es el monasterio<sup>33</sup>. He aquí las tres máximas que nos interesan:

<sup>31.</sup> RB 49,4.

<sup>32.</sup> Ibid., 52,4.

<sup>33.</sup> Ibid., 4,75.78.

Postrarse con frecuencia para orar.

Confesar cada día a Dios en la oración con lágrimas y gemidos las culpas pasadas.

Y de esas mismas culpas purificarse en adelante<sup>34</sup>.

Esta trilogía de máximas es notable, puès la oración con lágrimas es presentada como el corazón de la oración frecuente, en relación con la purificación de los pecados. Una vez más están reunidas oración, lágrimas y pureza.

Es necesario comprender bien que no se invita al monje a una contemplación morbosa de sus pecados. Nunca es bueno contemplar el mal, porque nos produce vértigo. San Benito lo explica bien: a Dios es a quien hay que confesar cada día los pecados; el remordimiento es negativo y vuelve al pecador sobre sí mismo, para desalentarlo más. Pero cuando damos a Dios nuestros pecados, cuando nos atrevemos a ofrecérselos, porque sólo él puede perdonarlos, hacemos a su respecto uno de los más grandes actos de amor. En la oración, el monje adhiere a su Dios: no se mira a sí mismo, no detálla sus pecados, no vuelve sobre ellos por una especie de complacencia malsana; le ofrece su conciencia dolorida por haberlo apenado. Sus lágrimas, su compunción, son un efecto de la caridad derramada en su corazón por el Espíritu Santo.

¿No es esto un eco fiel de la doctrina de Evagrio Póntico (346-399), el maestro de Casiano, en su Tratado de la oración? He aquí lo que escribe: "Pide ante todo recibir el don de lágrimas para ablandar, por la compunción, la rudeza de tu alma, de modo que, confesando contra ti mismo tu iniquidad al Señor, obtengas de él el perdón". No pensemos que el monje tiene necesidad de estas lágrimas purificadoras sólo en los primeros tiempos de su "conversión". Durante toda su vida, ellas serán la fuente regeneradora donde la pureza de su corazón se renovará sin cesar: "Si piensas que no te hace falta llorar tus pecados en la oración, considera cuánto te has alejado de Dios, debiendo haber permanecido siempre en él. Entonces llorarás con más ardor".

<sup>34.</sup> Ibid.,4,56.57.58.

De Oratione, 5, PG 79, 1168D; CUADERNOS MONASTICOS 37, 1976, pp. 211 ss. (agotado). Cf. I. HAUSHERR, sj. Penthos, La Doctrine de la componction dans l'Orient chrétien, Orientalia Christiana Analecta, 132, Roma, 1944, p. 33.

<sup>36.</sup> De Oratione, 78, ibid. Todo el libro merece ser leído en nuestra perspectiva. En efecto, la tristeza según Dios produce un arrepentimiento saludable que uno no deplora; pero la tristeza del mundo produce la muerte.

Cualquier oración que no hunde sus raíces en el humus de la compunción, y que no está regada por las lágrimas de la tristeza según Dios de la que habla San Pablo (2Co 7, 8-13, especialmente el versículo 10: En efecto, la tristeza según Dios produce un arrepentimiento saludable que uno no deplora; pero la tristeza del mundo produce la muerte), es sospechosa. El monje benedictino sólo encuentra su seguridad absoluta en la escala de la humildad; este capítulo fundamental de la Regla tiene como punto de partida la palabra del Señor en el Evangelio: Todo el que se exalta será humillado, y el que se humilla será exaltado<sup>37</sup>. El punto de llegada es el dominio de la caridad y la purificación obrada por el Espíritu Santo. Vale la pena citar íntegro el final de este capítulo, pues él muestra elocuentemente de qué manera el monje pasa de la bienaventuranza de los que lloran a la de los corazones puros:

Cuando el monje haya remontado todos estos grados de humildad, llegará pronto a ese grado de amor de Dios que, por ser-perfecto, echa fuera todo temor; gracias al cual cuanto cumplía antes no sin recelo, ahora comenzará a realizarlo sin esfuerzo, como instintivamente y por costumbre, no ya por temor del infierno, sino por amor a Cristo, por cierta santa connaturaleza y por la satisfacción que las virtudes producen por sí mismas. Y el Señor se complacerá en manifestar todo esto por el Espíritu Santo en su-obrero, purificado ya de sus vicios y pecados<sup>38</sup>.

Acerca de la aflicción según Dios, el Salvador dijo: "Bienaventurados los afligidos, porque serán consolados". Acerca de las lágrimas San Isaac escribe: "Las lágrimas que se derraman al orar son un signo de la misericordia de Dios, de la cual el alma se ha hecho digna por su arrepentimiento. Ha esperado y he aquí que por las lágrimas ha entrado en la llanura de la pureza vas.

Como atestiguan estas líneas de la Filocalia de los Padres népticos, la tradición monástica es constante respecto del lazo estrecho que establece entre la bienaventuranza de las lágrimas y la de la pureza de corazón. San Benito recibió por medio de Casiano esta doctrina y esta práctica de los Padres del desierto. Los textos de la Regla que hemos analizado son extremadamente concisos, pero por lo mismo tienen más fuerza: un lazo indisoluble une oración, pureza de corazón y lágrimas (o compunción). Las lágrimas amantes y tranquilas del pecador que se sabe perdonado purifican cons-

<sup>37.</sup> RB 7,1; cf. Mt 23, 12; Lc 14,11 y 18, 14.

<sup>38.</sup> RB 7.67-70.

Calliste et Ignace XANTHOPOULOI, Centurie spirituelle, en Filocalie des Pères neptiques, Abbaye de Bellefontaine, 1979, pp. 180-181.

tantemente su corazón, clarifican su mirada, que puede entonces dirigirse muy humildemente, pero con una total confianza (parrhèsia) hacia Dios que es todo Misericordia y todo Amor. La debilidad que el monje constata en sí mismo sigue siendo un motivo permanente de compunción; y termina por amarla, porque ella lo mantiene muy cerca de aquél sin quien no puede hacer nada, pero con quien todo se vuelve posible (Jn 15, 15 y Flp 4, 13).

¿Es necesario decir que las lágrimas purificadoras de la oración no son patrimonio de los monjes benedictinos? Al concluir volvemos a la primera página del Evangelio, el llamado a la conversión proclamado por el Señor: Convertíos y creed en la Buena Nueva (Mc 1, 15). Todos los cristianos están invitados a llorar sus pecados y a poner toda su confianza en el Salvador.

El tipo evangélico de la doble actitud privilegiada en estas páginas es la persona de la pecadora perdonada y amante que sólo San Lucas presenta. La escena es bien conocida: una mujer de mala vida se acerca a Jesús durante una comida ofrecida en su honor por un fariseo: Poniéndose detrás, a los pies de él, comenzó a llorar, y con sus lágrimas le mojaba los pies y con los cabellos de su cabeza se los secaba; besaba sus pies y los ungía con el perfume (Lc 7, 38). Jesús la deja hacer y se adelanta al escándalo de su huésped: Sus pecados, sus numerosos pecados le son perdonados, porque ella ha mostrado mucho amor (id., 7, 47). Sus lágrimas de arrepentimiento son también lágrimas de amor: ella se sabe tocada por el amor silencioso de Jesús, se sabe perdonada, y por eso da libre curso a su humilde gratitud. La pecadora muestra por sus lágrimas que ha sido purificada de sus numerosos pecados. Jesús le virginiza el corazón y por las lágrimas purifica su mirada.

En su oración íntima, el monje que ha entrado en la escuela del servicio del Señor bajo el báculo de San Benito, no cesa de renovar cada día esta experiencia, si practica asiduamente lo que se le recomienda: "Confesar cada día a Dios en la oración, con lágrimas y gemidos, las culpas pasadas, y de esas mismas culpas corregirse en el futuro".

Abbaye Saințe-Anne de Kergonan 56720 Plouharnel Francia

Robert LE GALL, osb

<sup>40. -</sup>RB 4.57-58.